

les faltaba, á la Sede romana. Embarcáronse en el mismo barco aquellos contendientes; y los sabios embajadores de Phocio fueron asesinados en la navegacion. Adriano II era el Papa exaltado al trono á la llegada de los orientales á Roma. Y en sínodo, legítimamente congregado, dispuso que se anatematizara sin piedad á Phocio y se prendiera fuego á todos sus escritos. Los legados de Adriano llevaron la sentencia inapelable á Basilio, que la besó con besos de amor y la puso como base de una reconciliacion estrecha entre la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente. Pero el pueblo griego, que veía en los Papas á los capellanes mayores de los Césares latinos, jamás quiso ratificar esta union, y siempre sostuvo el apartamiento insalvable entre las dos Iglesias, como prenda segura de su propia independencia. Sucedia en este punto al revés de lo que sucedía en la cuestion de las imágenes, y por el mismo motivo y por la misma causa. Estaba en la naturaleza de los griegos la conformidad de creencias con los latinos, y creían lo mismo que estos en lo concerniente á las efigies; pero no estaba en la naturaleza de los griegos perder su autonomía y su independencia, y por lo mismo, se apartaban de los latinos en religion para poder de esta suerte apartarse mucho mejor en política.

Murió de muerte natural Ignacio; y sucedióle Phocio. Ascendido de nuevo á la Sede patriarcal, convocó un concilio, que abrogara las disposiciones tomadas contra él por Adriano II. Y para que todo fuera extraño, no solamente se avino á la legitimidad de este concilio el Papa de Roma Juan VIII, sino que lo presidió y encabezó y consagró por medio de sus nuncios. Pero la armonía entre aquella contradiccion eterna del Oriente con el Occidente no se restauraba, no, por medio de hábiles complacencias. Profundos historiadores eclesiásticos suponen que de esta debilidad de Juan VIII provino la célebre fábula de la Papisa Juana. Roma no quería la tutela de Constantinopla, ni Constantinopla la tutela de Roma. Fundada la una en las orillas del Bósforo para contrastar á la otra que reinaba desde las orillas del Tíber sobre el mundo, su origen las tenia condenadas sin remedio á una guerra sin tregua. La historia se compone de esta lucha de ciudades enemigas, como se compone la atmósfera de las combinaciones de los gases opuestos. Grecia y Troya, Cartago y Roma, Jerusalem y Babilonia, la Constantinopla patriarcal

y la Ciudad Eterna pontificia enseñan con sus perdurables luchas en la historia cuán duraderas vienen á ser siempre las contradicciones provinientes del fondo de nuestra naturaleza. Así no debe extrañarnos que, en el siglo undécimo, se abriera por completo el cisma y en absoluto se apartara Constantinopla de Roma.

Corría el año 1054; y desempeñaba el patriarcado de Constantinopla Miguel Cerulario, Arzobispo inquieto y ambicioso. No bien exaltado á la Sede patriarcal, publicó ardiente escrito contra la Sede pontificia, en el cual acusaba terminantemente á esta de los entuertos siguientes: de haber tomado el nombre de Soberano Pontífice para sus Papas, nombre, segun San Gelasio, propio de los paganos solamente, y por lo mismo, prohibido á los obispos católicos; de ejercer la autoridad monárquica y temporal en Roma con desprecio de los cánones, que excomulgan á los sacerdotes empeñados en los negocios mundanos; de pronunciar sentencias capitales, proclamar guerras á muerte, mandar en persona los ejércitos; de violar el derecho que los apóstoles acordaran al pueblo y al clero para el nombramiento de sus obispos, derecho suprimido en Roma por el conclave, institucion anti-canónica; de llamarse único vicario de Cristo y pretender la supremacía sobre todas las Iglesias cristianas; de vejar á los pueblos con tributos onerosos cuando el Evangelio les habia mandado expresamente la renuncia á toda propiedad y á toda riqueza; de dar las sillas episcopales á sus parientes y paniaguados, aunque no tuvieran ni la edad ni los requisitos canónicos; de haber añadido al símbolo de Nicea la interpolacion española de que el Espíritu procede, no solo del Padre, sino tambien del Hijo; de permitir á los clérigos afeitarse; de alterar la administracion del bautismo; de amasar la hostia con pan ázimo á guisa de judíos.

El Papa Leon IX contestó á esto con los reproches siguientes: que el patriarca de Constantinopla osaba tomar el título de ecuménico en abierto desacato á la Sede apostólica; que permitía á casados abrazar el sacerdocio conservando la mujer; que borraba del símbolo de Nicea la palabra *filioque* en el símbolo de Nicea contenida; que observaba las purificaciones judaicas negando la comunión á las recién paridas; que desconocía la virtud del bautismo latino y lo completaba con el bautismo griego; que vendía y compraba

los dones de Dios como los mas terribles simoniacos; que admitia al sacerdocio á los eunucos; que empleaba pan con levadura en la hostia; que borraba de los dípticos orientales los nombres de los Papas romanos; que decia terminantemente á la Iglesia griega la única Iglesia católica; que cerraba los templos latinos en Constantinopla; que sentia una verdadera enemiga á la jurisdiccion y á la soberanía de los Pontífices.

En estos sendos memoriales de agravios encuéntrase resumidas todas las ideas, mas ó menos ortodoxas, mas ó menos cercanas al Evangelio, mas ó menos en armonía con el primitivo cristianismo, que han formado dos mundos, y despues de formarlos, erigiéndolos sobre sus respectivas bases, los han dividido y separado para siempre por medio de irreconciliables sentimientos. La idea, que allá en los senos del entendimiento aparece como pura verdad metafísica, condénsase en grandes sentimientos, cuando baja al seno del corazon, y por medio de estos grandes sentimientos, influye en las muchedumbres y domina en la vida. Cada Iglesia concebía sus dogmas aisladamente y aparte; y sin embargo estos dogmas, que parecían concebidos por las Iglesias en los altos cielos de la metafísica y de la teología, convertíanse en afectos profundamente exaltados, y tocaban á la vida popular como esos vientos de origen desconocido, que alteran y embravecen las olas. Si habia en los principios religiosos una contradiccion radical entre la Iglesia griega y la Iglesia latina, habia en los principios políticos una rivalidad irremediable entre ambos pueblos. Y de aquí, de esta rivalidad provenia el que todos cuantos esfuerzos se emplearan para reconciliar la Iglesia griega con la Iglesia latina, tuvieron por fuerza que estrellarse contra la naturaleza misma de las cosas y contra la fuerza invencible de grandes y arraigados sentimientos.

El bizantinismo y el romanismo fueron desde el siglo cuarto al siglo undécimo lo mismo, exactamente lo mismo que fueran el helenismo y el judaismo desde la aparicion de Cristo hasta el siglo cuarto; dos ideas en radical oposicion que luchaban sin tregua. Constantino, originario de Macedonia, llamado Cloro, denominacion que indica bien claramente su origen griego, fundó á Bizancio, como Alejandro fundara Alejandría con propósitos religiosos, políticos, científicos. Intentó el gran conquistador griego que su Alejan-

dría fuese como el punto de interseccion entre Asia, Africa y Europa, consiguiéndolo por completo, pues su ciudad aparece en la historia como foco de la luz espiritual y como factoría del comercio marítimo. Intentó el Emperador romano otra cosa distinta, intentó fundar una ciudad que exenta de tradiciones, pudiese aceptar las nuevas ideas religiosas sin desdoro de su nombre y atraer á la civilizacion y á la cultura latinas grandes regiones de Oriente. Así Roma y Constantinopla han nacido de una contradiccion y la conservarán hasta mas allá de su muerte. Constantinopla es ya cristiana, cuando Roma todavía se agarra fuertemente y se abraza con desesperacion á los ídolos del Paganismo. Constantinopla aparta de sí á los bárbaros, cuando Roma cae bajo el peso de las abrumadoras victorias de esta gente, y mezcla con sangre germánica la pura sangre latina. Constantinopla funda una autocracia, en que el poder político predomina sobre el poder religioso; y Roma funda una teocracia, en que el poder religioso predomina sobre el poder político. Constantinopla tiene una Iglesia llena de metafísicos y Roma una Iglesia llena de canonistas. Constantinopla crea, como buena ciudad griega, la teología del catolicismo; y Roma, como buena ciudad latina, su organizacion, su gobierno, su autoridad, su política. Cuando estos grandes disentiimientos surgen, y se perpetuan por siglos de siglos, no es de extrañar que las acciones mas mínimas sirvan de ocasion y los sentimientos mas fútiles de impulso á que se determinen clara y distintamente en la esfera de los hechos, y trasciendan por siglos de siglos á todas las edades de la historia.

Así pues, el Papa Leon IX envió delegados á Constantinopla con expreso encargo de excomulgar al patriarca Miguel Cerulario. En efecto, presentaronse en la ciudad griega, y dijeron el terrible anatema. El falso patriarca Miguel, admitido en la Iglesia por la prevaricacion, segun el sentir y el hablar de los Pontífices, y conservado por la simonía, indigno neófito y eterno prevaricador manchado con gran número de crímenes, caía bajo los anatemas con que la Iglesia condena á los herejes y á los simoniacos y los manda al infierno en compañía del demonio y de sus ángeles protervos. Y no se contentaron los legados con esta excomunion ruidosa, sino que dirigiéndose al Emperador bizantino, le amenazaron á su vez con calificarlo de procimita, es decir, mezclador de la levadura al pan eucarístico, herejía muy

abhorrecida de la Iglesia romana. Existen contra la narracion que acabamos de apuntar grandes y valederas objeciones presentadas por parte de los historiadores eclesiásticos griegos. Segun estos, los legados no excomulgaron al patriarca en su presencia, ni dijeron al Emperador las anteriores amenazas. Informados de todo cuanto pasaba, guardaron profunda reserva, y dirigieron sus exaltadas excomuniones á la salida de Constantinopla. Accidental todo esto, lo esencialísimo es que las dos Iglesias se dividieron en tiempo del Papa Leon IX y del patriarca Miguel Cerulario para no volver jamás á reunirse, por lo menos hasta nuestros mismos dias. Pocos Papas ofrece la historia de Roma y pocos patriarcas la historia de Constantinopla, que deban calificarse de tan baladíes é insignificantes como los dos célebres, á cuyos nombres va unido el terrible cisma de Oriente. Leon IX aparece á los ojos de la posteridad como un caballero feudal sin entrañas; y Miguel Cerulario como un cortesano bizantino sin conciencia. Instrumento del Emperador Enrique III aquel, solo se curaba de sus placeres, teniendo olvidados por completo el catolicismo y la alta dignidad del catolicismo proviniente y por su persona representada: y este patriarca oriental pasaba su vida en conspirar con los pretendientes y en oprimirlos cuando salian victoriosas las conspiraciones, vestido de púrpura, y calzado de perlas, como un profano César, representando así ambos á dos la vileza de la decadencia y la corrupcion de grandes y venerandas tradiciones. Lo cierto es que el cisma se consumó, y que su consideracion y su estudio han debido detenernos todo este tiempo; porque se necesita explicar el cisma de Oriente si hemos de conocer el cisma de Occidente.

CAPÍTULO IV

LA HEREJÍA DE LOS ALBIGENSES

La mayor parte de las herejías, que hemos historiado, nacen y crecen en el Oriente de Europa. La herejía, que ahora comenzamos á historiar, aunque de origen oriental, porque en Oriente se encuentra como la cuna del sol la cuna del espíritu, aunque de origen oriental, se desarrolla por completo en Occidente. La idea que mas ha atormentado á la razon humana, la idea de los orígenes del mal, aparece en todos los siglos, y toma varios y diversos aspectos. Penetrado el hombre de la bondad de Dios, se esfuerza muchas veces en vano por compaginar con esta bondad suprema la perversion de los ánimos, la oscuridad terrible de los crímenes, las asechanzas continuas á la virtud, los séres maléficis que tienden sus sombras y derraman su ponzoña por todos los ámbitos de la naturaleza. ¿Por dónde viene el mal? ¿Cuál es su causa? Hé aquí el tórmento eterno. Un filósofo platónico se burlaba cortésmente de Alejandro por haber consultado al oráculo de Júpiter Ammon, allá en Egipto, sobre los orígenes del Nilo. Esta costumbre en los antiguos de consultar á los oráculos, como les consultaron los dorios sobre su expedicion al Peloponeso y los atenienses sobre su expedicion á Jonia y los corintios sobre su expedicion á Sicilia; esta costumbre, decia el pensador platónico, debe convertirse en otra costumbre mas explicable y mas útil, en la costumbre de preguntar, no de dónde viene tal ó cual rio, sino de dónde viene el bien por excelencia, tan necesario á todo el humano linaje. Inútil preguntar el origen del bien. Con solo alzar los ojos vemos su misteriosa fuente allá en el cielo.